

ALGO HUELE A PODRIDO A ORIENTALANDIA

Si según Shakespeare algo olía feo en Dinamarca, en la patria de los orientales del sur el aroma ya no se banca. Desde esta Revista una y otra vez hemos llamado a trabajar más, mejor, con vocación de servicio, con ganas de superarse, con ánimo de confiar en uno mismo y no de descansar en los demás, con voluntad de aportar y no tanto de pedir. En fin, resumiendo, volcando el foco hacia los deberes y no tanto a los derechos, reales y supuestos.

Nuestra sociedad está trancada. Muy trancada. Si alguien se toma el trabajo de seguir en forma metódica la información que los diferentes medios elevan a la condición de noticia, aparece aquello que según Hamlet hedía en la tierra danesa. Y en este lugar huele mal pues cuando algo se pone viejo tiende a pudrirse, y con ello arrecia la fetidez. Pero si los lectores piensan que este editorial apunta a la prensa como culpables de tan desagradable tufo, se equivocan. La pobre prensa no tiene más remedio que vivir entre tales olores. Todo lo que tiene para cubrir es viejo, gastado, obsoleto, en fin, medio echado a perder.

Siempre es lo mismo. Paros, bloqueos, protestas, gritos reivindicando este o aquel derecho, de una forma tal que arriesgan que el ciudadano de a pie empiece a despreciar tales logros, ganados con esfuerzo a lo largo de años y años de lucha. Realmente no hay nada nuevo. Desde aquí invitamos a observar nuestras noticias. Nada sucede, nada sorprende. Una y otra vez la cadencia cansina de la noria que vuelve sobre sus pasos. Tan es así que si uno no presta atención a la fecha del periódico o a la bajada de la web, igual se lee lo del año pasado como si fuera de último momento.

Cierto que estando dentro del país es difícil percibirlo. Pero si uno se va unos días al exterior, al regresar a la comarca lo percibe inmediatamente. Es la misma experiencia dual que se vive cuando

se está largo rato encerrado en un cuarto sin ventanas acompañados de otras almas. El aire viciado ni se percibe. Pero ese mismo aire, igual de enrarecido, para el que viene de afuera, se le antoja nauseabundo.

Lamentablemente este editorial no aporta ninguna solución. Por hoy se conforma con clamar al cielo. Hagamos algo. Cambiemos. Dejemos de permitir que por la promesa de un plato de lentejas entreguemos nuestra esperanza de vivir en una sociedad dinámica, intensa y con un grado de desafío que perfume el ambiente. ¿Quién debe liderar el cambio? No se lo pidamos al gobierno, poco puede hacer. ¿A la oposición?, falta mucho para las elecciones. Entendamos que la enfermedad que nos aqueja es social, aunque sus síntomas se perciban en la política. Y no hace falta ser Hipócrates para saber que nada se cura atacando los síntomas.

Quizás sea el momento de los que suelen gestar los verdaderos cambios. A esta podredumbre se llegó por el trabajo sostenido, durante años, de intelectuales que equivocados confundieron los signos de los tiempos, creando las condiciones para que los políticos empequeñecieran su tarea. Es necesario entonces un nuevo esfuerzo intelectual, en las letras, editoriales, medios, foros de ideas, cátedras y en donde se pueda dar batalla. ¿Quedan de esas personas en Uruguay? Hay que encontrarlos. Estar, están. Una muestra es la iniciativa de Eduy21, o la entrevista al historiador Benjamín Nahum publicada por El País el 3 de febrero de este año. Hay que animarlos, de la única forma que se anima a un intelectual. Polemizando, contrastando ideas, razonando y discutiendo con honestidad intelectual. De que los que pueden marcar este rumbo, en la izquierda y derecha, se animen a hacerlo, mucho depende en nuestro Uruguay.